

LA REVOLUCION POSIBLE

Durante unos años, los sociólogos y los estudiosos de los fenómenos políticos han establecido la tesis de la «revolución imposible». Se suponía que los poderes estaban de tal forma reforzados por la técnica que todo intento revolucionario abierto quedaba científicamente inutilizado. El poder establecido —derecha o izquierda— ha llegado a disponer de unas fuerzas de seguridad numerosas, bien adiestradas, armadas especialmente para las revueltas, fácilmente movibles, bien mecanizadas; ficheros, infiltraciones en los grupos sediciosos, intercomunicación con otras policías, planes de estado mayor. Por otra parte, disponen los poderes de medios de persuasión —televisión, radio, dominio de la prensa, directo o indirecto— para cortar la propagación del espíritu revolucionario. Existe, finalmente, el supuesto de que en los países desarrollados la elevación del nivel de vida ha hecho desaparecer la noción del proletariado, le ha aburguesado al convertirle en propietario de su piso, de un coche utilitario, de un frigorífico y de unas vacaciones anuales. La idea de la revolución imposible se basaba en algunos ejemplos: las revueltas de Alemania del Este (1953) y de Budapest (1956), la de Santo Domingo en 1965. Quedaban como posibles únicamente los golpes de estado interiores, sin participación del pueblo: lo que los franceses llaman «revolución de palacio». Un grupo contra otro dentro del sistema, del poder. Los países africanos podían ofrecer en este caso un amplio muestrario. Casos muy visibles, el de Bumedian desplazando a Ben Bella, el de Suharto desplazando a Sukarno en Indonesia, el de la dictadura griega. El tema actual de Checoslovaquia es algo diferenciado, puesto que procede de una presión popular y al mismo tiempo de un cambio de valores dentro del sistema. No se le puede emparentar ni a una revolución definida ni a un golpe de estado.

Este axioma de la «revolución imposible» está sufriendo, en nuestros días, embates duros. Comienza a creerse que la revolución, de derecha o de izquierda, es posible. La sucesión de acontecimientos violentos, de los que el último escenario, por ahora, ha sido París, tienen un carácter revolucionario. Es curioso que se pueda aludir a tres países de desarrollo superior, donde los medios contrarrevolucionarios son más poderosos que en ningún otro, para señalar la posibilidad revolucionaria: Estados Unidos, Alemania Federal, Francia. La revuelta negra de Estados Unidos, con su cortejo de incendios, batallas callejeras, muertos, represiones y saqueos, crece continuamente: es una revolución lenta, pero implacable. En Alemania Federal se han reconstruido los antiguos grupos extremos, los nazis y los revolucionarios de izquierda: sus choques y los choques con el poder son duros. Con menos sangre —milagrosamente, ni un solo muerto—, los acontecimientos de París son los más emparentados a una revolución, quizá por el peso de los factores de cultura revolucionaria de Francia. Barricadas, comités de defensa, marchas callejeras, agrupación espontánea de masas, solidaridad entre estudiantes y obreros, y finalmente ese típico y curioso espectáculo revolucionario de lo que se ha llamado «la noche de la libertad», la del lunes 13 al martes 14, en la que han ocupado la Universidad de la Sorbona estudiantes, obreros y profesores y durante una larga noche han discutido en aulas y anfiteatros sus problemas mutuos; la declaración unilateral de convertir las Universidades en autónomas y declararla «abierta a todos, especialmente a las gentes del barrio que nos han ayudado en los días de la lucha», como han declarado los «comités de acción» de la Sorbona. Ver a un premio Nobel, como Monod, discutiendo en un aula con un obrero sindicalista, ante un público heterogéneo —aparentemente— de obreros, estudiantes y vecinos del barrio latino es un espectáculo lo suficientemente insólito, lo suficientemente original,

como para poderlo considerar revolucionario. La rapidez de coagulación de este movimiento, que ha desbordado a los teóricos de la política, puede ser engañosa. Las razones de unidad que han conducido a esta acción común son provisionales. En el fondo, cada uno de los estamentos presentes tiene en la vida propósitos muy diferentes. Pero, ¿no es ésta, también, una característica constante de los movimientos revolucionarios?

El valor conjunto que tienen estos acontecimientos que se producen con más o menos intensidad en el mundo, es el de demostrar que los temas contrarrevolucionarios han perdido valor: fuerza de represión, fuerza de persuasión —propaganda— y exhibición de aumento de nivel de vida no son suficientes. Son, al contrario, contraproducentes. Basados en la idea del reforzamiento definitivo del poder, el poder se ha estancado. Su inmovilidad es demasiado visible: la falta de salidas que ofrece, demasiado patente, demasiado ostensible. Se produce, en nuestros días, una terrible bifurcación entre sociedad ideal y sociedad real. Que las Universidades sean el punto de choque de esta contradicción no tiene nada de extraño. La Universidad es una creación del poder establecido que quiere volcar en ella su proyección ideal, su basamento tradicional, sus normas y sus dogmas: pero, al mismo tiempo, su carácter investigador, por su percepción singular de los avances científicos y técnicos y la incidencia de estos avances en la aventura humana, la hace incompatible con los dogmas. La Universidad está poblada por jóvenes, y a los jóvenes se les hace saltar continuamente del mundo antiguo de la Universidad clásica al mundo prospectivo de la ciencia; ve al mismo tiempo, con una claridad que a sus mayores les parece estar privada, lo que podría ser el mundo y lo que no le dejan ser. Carece, al mismo tiempo, de las alienaciones típicas de los adultos establecidos. Se le relega a una posición de minoridad mental en razón de su minoridad cronológica, pero se le demuestra continuamente que las clases senatoriales de la sociedad son menos maduras que él. En tiempos de Marx, el problema generacional estaba subordinado al problema de la lucha de clases. En nuestro tiempo es muy difícil discriminarlos. El obrero comienza a darse cuenta de que su futuro depende en parte de que haya una Universidad abierta o una Universidad cerrada: de que se formen en ella los perpetuadores de un poder ciego y conservador, de un poder clasista al servicio de unas clases determinadas o por el contrario que de ella puedan salir los innovadores, los introductores de la nueva sociedad que se espera. La cuestión es tan válida para Praga como para París. La hostilidad mutua o la diferencia de formas entre un comunismo dogmático y una burguesía liberal impermeable carecen de sentido en estas revoluciones o prerrevoluciones. El peligro que tienen estas posiciones es el de caer en el anarquismo, aunque siempre la revolución engendra sus formas. La ventaja, la de que las clases en el poder se despiertan de su inmovilismo, del sueño de que sus normas son válidas «para siempre» y se vean obligadas a abrir sus estructuras.

Un principio de que esto puede ser así está en Checoslovaquia. No solamente los grupos inmovilistas han cedido rápidamente el paso a los innovadores, sino que la URSS se ha guardado de cualquier movimiento de hostilidad al principio de renovación. En Estados Unidos, todos los candidatos a la presidencia, excepto Nixon, son sensibles en sus discursos a las nuevas fuerzas: el propio Johnson se apresura en sus días contados a favorecer su razón. En Francia, a reservas del mensaje a la nación que debe dirigir al general De Gaulle el viernes 24, tan imprevisible como todos sus actos políticos, el movimiento del poder se dirige hacia el retroceso, después de haberle fracasado escandalosamente la represión.